

Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 53 – 7 de Octubre de 2015

En este número

1. ¡Ay aquellas Tunas!, *Emilio Álvarez Frías*
2. Cavilaciones en tarde electoral, *Manuel Parra Celaya*
3. Día UNO después de Mas, *José Javier Esparza*
4. Película sobre José Antonio, *José M^a García de Tuñón Aza*
5. Indignidad y derrota, *Francisco José Soler Gil*
6. El parto de los montes, *Jesús Flores Thies*
7. Nosotros, los azules, *José Manuel Sánchez del Águila*
8. Un musical reivindica la figura de José Antonio Primo de Rivera, *Tereixa Constenla*
9. «Cine e ideología», *P. J. Ginés / ReL*

¡Ay, aquellas Tunas!

Emilio Álvarez Frías

Con esto de las borrascas que nos entran por el cuadrante noroccidental, no apetece demasiado salir a dar un paseo, a disfrutar del sol otoñal y respirar aire bueno y saludable, de ese que nos quiere imponer por narices Manuela Carmona, la Alcaldesa madrileña. Con esa desgana por la calle, he elegido un botijo de Torredembarra, Tarragona, y me he sentado a reflexionar tras el mirador de casa. Haciendo caso a un amigo lector, y para completar el placer que suponen los tientos al botijo con deliciosa agua de Lozoya bautizada con las correspondientes copitas de anís de Chinchón, he preparado unas tapitas de jamón de pata negra, de paleta que suele estar más jugoso, de forma que no echaré en falta el aire no contaminado que tenemos en Madrid estos días por mor de la lluvia caída.



Lo cierto es que la semana ha sido políticamente bastante tranquila, muy llena de conjeturas sobre lo que harán los partidos políticos, pero sin que se hayan notado demasiado las sandeces que suelen decir los dirigentes de los mismos, o sus secuaces. Los catalanes «ganadores» de las elecciones andan intentando conseguir la mayoría que precisan para formar gobierno echando mano de la CUP, esos muchachos que se empeñan en echarse al monte, pase lo que pase, y que,

lógicamente, deben ser carne de celda carcelaria si les aplican la legislación vigente; los de Podemos están lamiéndose las heridas sin creerse todavía que lo suyo es un globo que en cualquier momento puede reventar, aunque ya haya causado mucho daño en su primera aparición; los efervescentes chicos del PSOE, andan convencidos de que el mundo es suyo, con su secretario general en cabeza, que sigue la misma insustancial línea de ZP de hablar mucho, no decir nada, y lo que dice mejor era que se lo callara; en cuanto a los de Izquierda Unida, queriendo capitanear, sin oficiales ni tropa, un nuevo frente popular; y Ciudadanos dando

bandazos para un lado u otro, según donde esté la carne apetecida y consideren pueden conseguir mayor tajada. La voz que estos días se ha oído más fuerte ha sido la de Rajoy, dando a conocer la fecha de las elecciones e iniciando la precampaña electoral con energía y vigor, brío y arresto, que esperamos vaya incrementándose a medida que pasen los días, aprovechando todos los momentos y todas las tribunas para poner a cada cual en su sitio, sin miedo y con decisión, y tomando las medidas que todavía pueda adoptar en cuanto a encauzar el tema catalán por donde siempre debió ir.

Mientras seguiremos atentos a las ocurrencias de la alcaldesa madrileña. Hace poco proponía que los colegios públicos debían ser limpiados por las madres de los alumnos, otro día promete a los okupas que les facilitará locales para que realicen sus «actividades culturales» llenas de mugre, ahora dice que las calles deben ser limpiadas por los estudiantes que son quienes las ensucian con sus botellones,... Y podríamos incrementar la lista pero no hay espacio.

Lo de los estudiantes es un tema preocupante por la deriva que ha tomado por dejación de padres y autoridades, y no va por buen camino. Uno se acuerda todavía del tiempo que le tocó vivir como estudiante. Las fiestas de fin de semana se organizaban en «El Puente» de la Ciudad Universitaria, o mediante guateques aquí o allá; además estaban los Colegios Mayores que rivalizaban en organizar auténticas actividades culturales de todo tipo; una actividad reina era la del TEU, Teatro Español Universitario, con representaciones de obras clásicas en los teatros nacionales, de cuya institución salió una importante pléyade de actores y actrices; y, cómo no, estaban las Tunas, una de las manifestaciones más sanas y divertidas de los jóvenes universitarios, a través de la que no pocos estudiantes viajaban por España y el extranjero, conociendo países, dando conciertos y serenatas, y sirviendo de embajada de una juventud sana; otros, pues no había becas Erasmo ni nada parecido, iban en el verano a los «campos de trabajo» que existían por toda Europa, realizando ocupaciones manualmente en cualquier actividad desde el campo a la fábrica, conociendo lenguas, gentes, intercambiando amistades; aquellos que estaban en edad de cumplir el servicio militar acudían (era opcional) a las Milicias Universitarias en campamentos de tres meses, en los que llegaban a adquirir el grado de sargento o alférez; y no pocos se echaban el morral a la espalda y, a base de autostop (entonces cualquiera cogía a cualquiera por cualquier carretera sin temor a que le fueran a robar o matar), corrían mundo y volvían con los ojos más abiertos, ansias de saber, deseos de servir, y vitales para utilizar su juventud de la mejor forma posible. Para uno este comportamiento era bastante mejor que el del botellón, la borrachera fin de semana o el hartazgo de pastillas que les lleva al desequilibrio emocional y a quebrar una juventud naciente.

No por ello pensamos como doña Manuela, que hay que poner a los estudiantes a limpiar las calles; lo que hay que hacer es formarles, educarles, y enseñarles, con buenas maneras, que nadie regala nada, y que uno se puede divertir y pasarlo bien con medios distintos a los que ahora son usuales.

¡Ay, aquellas Tunas!

Poco a poco han ido desapareciendo del platito las tapitas de Jabugo, y, he de confesarlo, no han sido pocos los tientos dados al botijo. Botijo que, por cierto, si se fijan los lectores, tiene muy mala idea, pues o le coges el tino o te mojas cada vez que intentas beber de él. El alfarero gastó una broma situando el pitorro donde lo puso.

Cavilaciones en tarde electoral

Manuel Parra Celaya

Dos meses de interrupción en estas anotaciones personales, consideradas pomposamente como artículos periodísticos, exigen una explicación al lector: sencilla, pero intensamente, mi esposa y yo hemos llevado a cabo el Camino de Santiago, en su extensión completa desde

Somport, y, por lógica, sin llevar en el macuto ordenador alguno ni en la mente espacio más que el dedicado a la peregrinación en todos sus aspectos más profundos y bellos. Me he escapado, así, de (casi) todas las noticias, informaciones y desinformaciones, referidas al período preelectoral de mi Cataluña; créanme: no ha sido una huida, sino una necesidad terapéutica de higiene mental...

Vuelvo ahora a echar mano de la pluma y del teclado y lo hago, precisamente, en la tarde del domingo de la votación, sin saber, por tanto, los resultados numéricos del escrutinio, aunque conozco sobradamente, por desgracia y desde hace bastante tiempo, los morales: fractura profunda, social y familiar, en la sociedad catalana. No me creo capaz, por otra parte, de conjeturar los resultados estrictamente políticos, que aparecen envueltos en la niebla de la zozobra.

No descubro nada nuevo si afirmo que estamos ante una fase aguda de un mal originado hace más de treinta años, que, como siempre ocurre cuando se dilatan en el tiempo las curaciones, se ha enquistado profundamente; el quiste, además, es purulento y agresivo, y amenaza a todo ese ser llamado España. La imprudente entrega de los resortes del poder político y de los grandes servicios ciudadanos, como la Sanidad, el Orden Público y, sobre todo, la Enseñanza, a las Comunidades Autónomas controladas por los nacionalismos disgregadores inició una carrera desbocada, cuyo pistoletazo de salida fue aquella inclusión del término *nacionalidades* en el texto de la Constitución del 78.

Sobre todo, la Enseñanza; a muchas promociones de niños y jóvenes se les ha hurtado el amor a la Patria común como valor educativo y vital, y eso cuando no se les ha predicado abiertamente el odio a España; esas promociones, en las que podemos incluir a la que ahora se sienta en las aulas, se consideran, por lo menos, ajenos a todo lo español. Me atrevo a firmar que ese escamoteo no es privativo de Cataluña o del País Vasco, sino que alcanza el más recóndito colegio, Instituto o facultad de la Piel de Toro; salvo honrosas excepciones, en eso que llaman *ciudadanía* priva el desinterés, la abulia, la indiferencia, ante una amenaza de ruptura de la unidad nacional; algunas conversaciones sostenidas con peregrinos de varias regiones en este último mes y medio me han servido para corroborar esta opinión.



Como es natural, esta abulia se corresponde fielmente (o tiene su causa) con la dejación de obligaciones (cuando no de complicidad, y no considero que se trate de un juicio temerario) de los poderes del Estado ante las fuerzas disgregadoras, que han gozado de completa impunidad, cuando no del favor (y tampoco es esto una apreciación subjetiva) de quienes tenían el deber, Constitución y demás leyes en mano, de ponerle coto.

Aventuremos ahora pronósticos: mayoría parlamentaria, que no de votos (ni todavía menos en lo referente a la participación), de los partidos y coaliciones separatistas; conato o cruda explosión de una proclamación de independencia. ¿Qué hará el Estado español? ¿Echar mano de todos los recursos legales de que dispone sobradamente para hacer frente a este golpismo? ¿Publicar sentencias de los tribunales, de esas que dejan impertérritos e impunes a los culpables y nos hacen desconfiar profundamente al resto de que estamos inmersos en un Estado de Derecho?

Con todo, esta tarde electoral no me dejó invadir por el pesimismo; y ello, no por confianza alguna en este Estado que, a fuer de increyente, no cree ni en sí mismo. Acudo a la evidencia histórica y al realismo de un ciudadano europeo del siglo XXI: por la primera, observo que

España ha sobrevivido a situaciones tan malas o peores que las de la presente coyuntura; milagrosamente quizás, pero lo ha hecho. Por el segundo, me niego a aceptar un retorno a la tribu cuando Europa, con todos los problemas que se quiera, camina hacia la unidad.

El tercer motivo es de origen teológico: Dios sigue siendo el Señor de la historia.

Día UNO después de Mas

José Javier Esparza

Hay que esperar que en el día de hoy, primero después de las elecciones autonómicas catalanas, los poderes del Estado, que aún se llama España, se pongan inmediatamente a trabajar para recuperar todo lo perdido en estos treinta y cinco años de negligencia. Gobernarán los separatistas, pero un 52% de los catalanes está contra la independencia. Sobre esa base hay que empezar a actuar.

Hay que esperar que el jefe del Estado, que aún se llama España, convoque a los líderes de los tres grandes partidos nacionales con peso en Cataluña, que son Ciudadanos, el PSOE y el PP, y les inste a formar una oposición estable en esa comunidad con el propósito expreso de frenar el aparato pre separatista creado por Convergencia y Esquerra.

Hay que esperar que la oposición constitucionalista (C's + PSC + PP), cuyos votos superan el 40% de los sufragios, exijan que el nuevo Gobierno autonómico catalán reponga los símbolos nacionales de España en todos los centros y lugares públicos de la geografía regional, aplicando en su caso la ley a los recalcitrantes.



Hay que esperar que la oposición no independentista (añadamos aquí a Podemos) presione para que el nuevo Gobierno autonómico catalán rectifique el proceso de «inmersión lingüística», esto es, de discriminación del castellano, y garantice con los instrumentos que sea menester el derecho de todos los ciudadanos a recibir enseñanza en su lengua vehicular y a utilizarla en cualesquiera ámbitos públicos o privados, según prescribe la Constitución.

Hay que esperar que la oposición no separatista inste al nuevo Gobierno catalán a reestructurar la plantilla y funciones de la Corporación Catalana de Medios Audiovisuales (siete canales de televisión, cuatro de radio y otras tres plataformas de diversos servicios), ajuste su dimensión a su auténtica función y meta mano en el desorbitado presupuesto de este aparato de comunicación puesto al servicio del separatismo. En 2010 el poder público financiaba a la CCMA con la friolera de 450 millones de euros; el año pasado, aun con los obligados recortes, su presupuesto era todavía de 297 millones, que fueron 307 en 2015.

Hay que esperar que la oposición no separatista requiera al nuevo Gobierno autonómico una actuación seria y expeditiva contra aquellas entidades que, durante estos años, han estado elaborando listas de «catalanes afectos y desafectos» hacia el proceso separatista.

Hay que esperar, también, que el presidente del Gobierno de España y el jefe de la oposición socialista acuerden de inmediato un programa de mínimos –ya que de máximos parece imposible– para bloquear cualquier expectativa separatista. No basta con que socialistas y populares actúen de consuno en Cataluña, sino que la coordinación en este punto, que es de trascendencia nacional, ha de extenderse a todo el país y en particular a los territorios que pudieran sentir la tentación de emprender un camino semejante al abierto por los separatistas catalanes. El nacionalismo vasco ya ha aprovechado el río revuelto para buscar sus propios peces.

Hay que esperar que el Gobierno de España haga trabajar a la Inspección General del Ministerio de Educación, que para eso está, y no sólo vigile eficazmente la aplicación de contenidos comunes en los programas de enseñanza de las distintas comunidades autónomas, sino que también intervenga con capacidad sancionadora allá donde la educación pública se haya convertido en adoctrinamiento contra el Estado de todos.

Hay que esperar, por supuesto, que las organizaciones financieras y empresariales, tanto catalanas como del conjunto de España, que durante largo tiempo han sido cooperadoras necesarias de la red de poder tejida desde la Generalitat, examinen en profundidad su actitud y adecúen su estrategia a una realidad evidente: sin una nación llamada España, su negocio carecería de sentido y dirección.

Hay que esperar que la Iglesia, como institución de indudable peso en la sociedad española, ponga su grano de arena desautorizando a quienes emplean los púlpitos para abanderar la ruptura de la unidad nacional.

Hay que esperar que los instrumentos legislativos del Estado, con el mayor grado de consenso posible –y si no lo hay, sin él–, prevean los mecanismos legales precisos para neutralizar todos los pasos que desde hoy mismo va a emprender la nueva mayoría parlamentaria catalana.

Hay que esperar, en fin, que en el día de hoy España se convierta en un país serio, sus instituciones funcionen, la soberanía nacional no se vea arrastrada por los suelos todos los días y la democracia sea algo más que un reparto neofeudal de poder. Hoy es el día en el que hay que empezar a hacer todas esas cosas.

Y si no se hacen, la voluntad separatista de un 39% de los catalanes se impondrá sobre la voluntad españolista de un 52%. Y a España se le podrá reprochar que ha traicionado a su pueblo.

Tomado de *La Gaceta*

Película sobre Jose Antonio

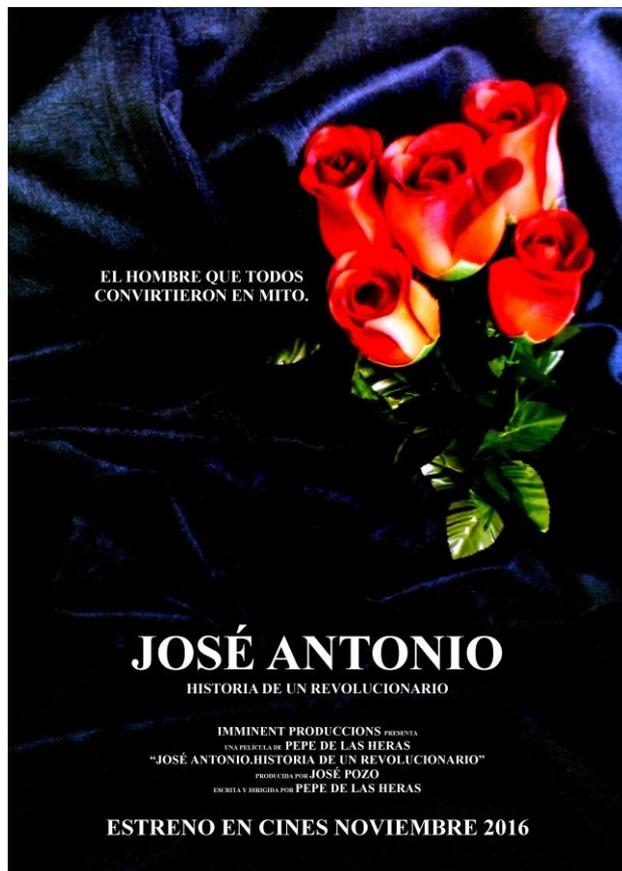
José M^a García de Tuñón Aza

No es la primera vez que la *Gaceta* se ocupa de esta película que Pepe de las Heras, director y guionista de la misma, está rodando y que pretende estrenar a finales del próximo año. Fue, como recordará algún lector, en el número 18 de este medio de fecha del pasado 5 de junio. El autor del artículo, mi buen amigo Francisco Torre García, entre otras cosas, así manifestaba: «Yo diría que la cinta resultante tendrá un 80% de hechos históricos, un 10% de reconstrucciones posibles y otro 10% de licencias pero que la mayoría de los casos pudieran ser así huyendo de la tentación de inventar».

El pasado mes de septiembre, Pepe de las Heras me remitió una carta al mismo tiempo que adjuntaba lo que él llama «mi biografía cinematográfica de la película», es decir, el guión de la misma. Lo leí con mucho agrado y estoy de acuerdo con Francisco Torre en las mismas proporciones que él da al contenido de la cinta, entre otras cosas porque resumir esa grandiosa historia, como decía el mismo Pepe de las Heras, en sólo dos horas, irremediadamente deben

usarse ciertas licencias para que sea la cinta cinematográfica que esperamos alcance el éxito que se merece.

La suerte está echada. Por fin tendremos una película sobre José Antonio Primo de Rivera que



hace años nos prometió el director de cine José Luis Sáenz de Heredia. Ahora, de momento, no vamos a referirnos al guión, será mejor para otra próxima ocasión, pero sí que debo decir que he disfrutado con su lectura por haberla encontrado muy atrayente, al mismo tiempo que, seguro estoy cuando vea la película, los que a través de los libros tratamos de acercarnos al pensamiento de José Antonio Primo de Rivera quedaremos encantados y satisfechos. Los que no conocen al fundador de Falange se verán sorprendidos de la vida de aquel hombre, que, víctima del odio, fue asesinado el 20 de noviembre de 1936. Dentro de poco, pues, se cumplirá el 79 aniversario de su muerte. Sin embargo, a pesar de haber transcurridos tantos años, el nombre del fundador de Falange sigue siendo portada de muchos libros. El último de hace muy pocos días, titulado *El político que amaba la poesía*, con el subtítulo *Y a una princesa roja*, y del que nos ocuparemos otro día. La edición corre a cargo de Javier R. Portella que, incluso, en su introducción llega a dar por estrenada la comedia musical, escrita y dirigida por Álvaro Sáenz de Heredia, *Mi Princesa Roja*, cuando a estas alturas todos sabemos que no

llegó a estrenarse el 1 de octubre pasado, fecha en la que estaba anunciada su inauguración en el Teatro Arlequín de Madrid, porque, según tituló alguna prensa: «Jesús Cisneros, que encarna al fundador de Falange en esta obra de Álvaro Sáenz de Heredia, padece un agotamiento que le impidió subir al escenario».

Esta disculpa que algunos medios difundieron, no es creíble, al menos yo no la creo. Siempre que se prepara algún acontecimiento sobre José Antonio, sea del tipo que sea, ocurren cosas extrañas. Viene ahora a mi memoria, cuando hace años se tuvo la intención, organizado por un Sindicato de estudiantes, dar unas conferencias en la Universidad de Salamanca sobre José Antonio Primo de Rivera, pues bien, a última hora fueron suspendidas por el entonces Rector Ignacio Berdugo Gómez de la Torre. El maestro Ortega y Gasset, seguro, hubiese condenado sin paliativos al Rector. Ahora, una vez más, el fundador de Falange haya sido víctima de la incompreensión de algunos. Veremos a ver en qué termina todo.

Indignidad y derrota

Francisco José Soler Gil

Doctor en filosofía de la física por la Universidad de Bremen

Nunca, en la historia de la democracia española, había comenzado un gobierno con tanto respaldo en el parlamento, en las comunidades autónomas y en los ayuntamientos como lo tuvo el gobierno de Mariano Rajoy al iniciar su andadura tras las elecciones de noviembre de 2011.

Ciertamente, ese respaldo era necesario, puesto que el nuevo ejecutivo se hallaba ante una tarea ingente: la de recuperar el equilibrio y la sensatez en todos los asuntos desequilibrados insensatamente por el gobierno de Rodríguez Zapatero.

Entre ellos se encontraba, sin duda, como uno de los asuntos prioritarios, la economía. Pero no era la economía lo único sacado de quicio por las ocurrencias y los delirios de ingeniería social del anterior presidente. En el legado de éste se encontraba también una ley que convierte en derecho la muerte de seres humanos en sus primeras semanas de vida. Una ley que, con toda razón, había sido recurrida por el Partido Popular ante el Tribunal Constitucional (...por cierto, ¿existe el Tribunal Constitucional?...). En el legado de Zapatero se encontraba también una ley que priva a los niños de su derecho a tener un padre y una madre. Y también ésta había sido recurrida, con toda razón, por el Partido Popular ante el Tribunal Constitucional (...por cierto, ¿existe el Tribunal Constitucional?...). Y otra ley que decide por vía parlamentaria quiénes fueron los buenos y los malos en nuestra contienda civil. Y obliga a todos a aceptar ese decreto de *damnatio memoriae*, sin el menor respeto a la libertad de pensamiento de cada uno.

El ejecutivo de Mariano Rajoy tenía ante sí, qué duda cabe, una importante y difícil misión: Por una parte, estabilizar y reconducir la economía, y por otra parte recuperar los derechos y libertades perdidas como consecuencia del talante despótico del anterior presidente de gobierno. Ésta era su doble misión, y este era también el compromiso que los populares habían adquirido con sus votantes al recurrir las leyes zapateristas más inicuas ante el (¿inexistente?) Tribunal Constitucional.

Sin embargo, dar marcha atrás en el experimento de ingeniería social de Rodríguez Zapatero



conllevaría un riesgo. Pues ello significaba oponerse a la máxima, aceptada en nuestro país como un dogma de fe, de que es la izquierda la que dictamina el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo políticamente correcto y lo incorrecto. Significaba, por tanto,

hacer frente a la izquierda en una batalla cultural, una batalla de argumentos sobre los derechos de los más débiles: el derecho a la vida, los derechos de los niños. Y también sobre el derecho de todos a la libertad de pensamiento.

Esa batalla se podía ganar, o se podía perder, y con ella el gobierno. Pero había también una tercera posibilidad: La de olvidarse de todo esto, y no arriesgar el poder por cuestiones de tan poca monta. A fin de cuentas, lo importante es la economía, y no unas abstrusas e intrincadas cuestiones morales y teóricas, que no interesan ni a veinticinco. Esta tercera alternativa tenía un nombre: indignidad.

De manera que el gobierno más respaldado en la historia de la democracia española, debía decidirse. Sus miembros y su presidente, Mariano Rajoy, debían decidir qué harían con la confortable mayoría en las dos cámaras del parlamento, en los parlamentos regionales y en los ayuntamientos de las ciudades más importantes. Hacia qué la encaminarían.

Y las alternativas eran, en el fondo, estas dos: Tenían que escoger entre la indignidad y una batalla cultural con posibilidad de derrota. Escogieron la indignidad, y con ellos queda. Y ahora van a tener también la derrota.

Tomado de *Infocatolica*

El parto de los montes

Jesús Flores Thies

El fabulista ya nos lo avisó, en este caso Samaniego:

*Con varios ademanes horrorosos
Los montes de parir dieron señales;
Consintieron los hombres temerosos
Ver nacer los abortos más fatales.
Después que con bramidos espantosos
Infundieron pavor a los mortales,
Estos montes, que al mundo estremecieron,
Un ratoncillo fue lo que parieron.
Hay autores que en voces misteriosas.
Estilo fanfarrón y campanudo
Nos anuncian ideas portentosas;
Pero suele a menudo
Ser el gran parto de su pensamiento,
Después de tanto ruido sólo viento.*

Al final del parto «independentista» lo que apareció no fue un ratoncito, sino un estúpido «caganer», que aunque pequeño, feo, ridículo y sin apenas tradición en Cataluña (apenas un siglo), apesta y deja un hedor que va a durar algún tiempo

Lo que sucede en Cataluña (y en otras partes de España, que no se olvide) es que la estupidez, dejación, cobardía, compadreo y falta de dignidad de los sucesivos gobiernos desde la muerte de Franco, nos han llevado esta situación auténticamente kafkiana. Son muchos los años de golpear el yunque del nacionalismo separatista para acabar con la enseñanza y el idioma español en Cataluña, con la lenidad en el tema de las Banderas en los balcones de Ayuntamientos y centros oficiales; con los insultos «legales» al Rey, Bandera e Himno; años de destrucción del patronímico nacional oyendo a los presentadores y locutores decir «Lleida», «Llirona», «Ourense» o «Alacant», o diciendo «President», «Parlament», «Aeroport», «Port», «Teatre», «Ebre»..., que ha dado alas a los separatistas para imponer el catalán bajo severas multas, que los sucesivos y moralmente corruptos Gobiernos permiten.

Pasado el parto del «caganer», hemos de soportar un tiempo para que los separatistas rumien su posible futura actuación que será, indudablemente, en las próximas elecciones generales, si antes no se les ocurre otra parida mejor.



Lo más sorprendente es la actitud «generosa y dialogante» de los políticos y periodistas templagaitas compulsivos que nos dicen que lo que hay que hacer es que el Gobierno se sienta con los catalanes (¿con cuáles?) para pactar una nueva relación Estado-Autonomía. Y nosotros nos preguntamos: ¿pactar el qué? España ya tiene la desgracia de ser el tercer país del mundo con un sistema político más descentralizado, que nos ha llevado a un gasto gigantesco, una insolidaridad entre regiones casi bélica y a una crisis de identidad que permite la ruptura definitiva de nuestra unidad secular.

En las pasadas elecciones catalanas ha fracasado aquello de la mayoría absoluta en votos, pero eso no quiere decir que una vez rearmados los separatistas, y con unas cargas de estupidez mayor de la reglamentaria en los gobiernos de turno, la situación no cambie.

Los Tribunales no sirven para nada, el Ejército mira al eclipse lunar, la Iglesia inicia alguna novena al Santo de turno, la sociedad preocupada con la Liga... y a esperar. Nadie responde por su traición a los juramentos prestados, nadie va a la cárcel por saltarse la Ley, todos siguen en sus tareas para quebrar a España. Bueno, aquí no se va a la cárcel ni por desfalcos o robos multimillonarios, la única víctima es Isabel Pantoja, pero a cambio, sus vicisitudes carcelarias sirven para dar de comer a las verduleras (y a algún verdulero) en las cadenas de televisión.

Y es que mientras España se rija por esa basura llamado Sistema Autonómico, y con la cataplasma de la vil Ley de la Memoria Histórica sobre nuestros costillares, esto no puede carburar, y va a tener razón aquella frase que hemos visto junto a un retrato de Franco: «es que no se os puede dejar solos».

Nosotros, los azules

José Manuel Sánchez del Águila

Muchos podrán afirmar, aproximándose a cierta verdad, que se trata de un poso de poetas, románticos o incluso locos, que se atreven a desafiar al mismísimo siglo veintiuno. Pero, por ahora, sólo los más sagaces entienden de qué va esto, este vestigio –que para ser minoría es muy numeroso, y que para ser multitud es aún pequeño–, pues eso, este rastro de un sueño que no se acaba de borrar para muchos –por miles, que algo ya es– mujeres y hombres que siguen creyendo en su Patria a rabiar, como unos adolescentes enamorados del más bello de los amores.

Siguen un mensaje que se lanzó hace ya muchos años por un hombre prodigioso, y los que se aproximaron a él, y por unos jóvenes entusiastas y dispuestos a dar la esencia por la existencia: la existencia era la misma vida, que entregaron como sacrificio, y la esencia era una España que amaban porque no les gustaba. Dentro de casi quince años hará cien de aquel increíble episodio de la historia, cuando la misma historia se tiñó de azul. Pero a esos jóvenes necesitados de nuevos campamentos se les inculcó desde la misma adolescencia una idea nueva y lejos, muy lejos «de los sombreros de la derecha y de la izquierda».

Fue cuando llegaron, llegamos, ellos/nosotros, los falangistas. Dispuestos a la intemperie, al ruido, a la persecución y a la muerte –esas vidas que tantos y tantos entregaron en tiempo de persecución y odio–. Me siento muy orgulloso de ellos, ninguna ley desmemoriada me quitará ese orgullo, porque eran como yo, como nosotros, ese puñado de españoles que sigue soñando y protestando, esos soñadores de antaño que tanto han dejado en nuestra memoria.

Una vez, hace años, cuando definirse como falangista era aún más peligroso que ahora por las connotaciones sociales y profesionales que tal calificativo pudiera producir, pues una vez, iba diciendo, un reconocido derechista sevillano me propuso, por supuesto que de buena fe, dejar mi sueño, mis muertos, y mi mismísima memoria, para ingresar en uno de esos partidos de derechas de la transición que ahora son poder. La clave, según él, era que la Patria, nuestra maravillosa España una, la defendería igual allí o aquí, aquí en mis sueños. En ese tiempo olvidaba que nuestro sueño, el de los falangistas, iba mucho más lejos que la Patria, con



ser tan importante. Que nuestro sueño era, como dijera José Antonio, el de la Patria el pan y la justicia para todos, pero «preferiblemente para aquellos que no creen en la Patria porque carecen del pan y de la justicia». No lo entendía, claro, pues era de derechas. Me parezco al *Principito* contando estas cosas, pero todo es verdad. El pobre hombre, en su buena fe, pensaba, sin haber leído un ápice de la obra de José Antonio, que nosotros, los azules residuales de aquella leva monstruosa del franquismo, estábamos llamados a ser esa tropa que volvería a desfilar ante «los fantasmones de la derecha encaramados en el poder».

En vano le dije en ese entonces que sólo había Patria sin justicia. En vano le dije que después de tantos años seguíamos soñando con una revolución que llevara a los españoles a la justicia social. Quizá no era la revolución que pregonaban entonces aquellos lejanos camaradas. Pero para nosotros, los azules, seguía siendo necesaria una revolución, una redistribución social, sacando como fuera de la marginalidad y de la miseria –material y moral– a tantos compatriotas. Sin esa premisa, era inútil reivindicar la Patria. Es más, era hasta agresivo para los españoles en la miseria y hasta para la mismísima Patria. Por eso, y por muchas cosas más, le dije a aquel amigo que me hablaba desde la buena fe que no tenía sitio entre ellos y me refugié definitivamente en mi bufete, mis lecturas y mis recuerdos. Y ahí sigo.

Y me alegro; me alegro mucho, porque desde mi independencia, puedo seguir exigiendo justicia social, y grandes cambios que ningún gobierno propone, pero que en la que nosotros, los azules, seguimos insistiendo. Desde esta distancia puedo seguir acogiendo a muchos jóvenes que se nos acercan, y dejarles mi lamento y decirles que en esta trinchera nada es fácil, pero todo es bello. Que es cierto que seguimos con un sueño maravilloso pero difícil. Pero no se arredran porque saben que nuestro sueño será loco pero no ha caducado. Porque desgraciadamente seguimos viviendo la misma España miserable poblada de bellacos, como en aquel entonces. En ese tiempo se llamaban terratenientes y banca. Ahora se llaman banqueros, políticos corrompidos y yernos de cualquier pelaje. Ahora tanta España corrompida

Por eso estamos juntos mucha gente: los de ayer y su memoria, y su ejemplo y su sueño que tantos años después sigue estando entre nosotros; los de hoy, que no somos pocos –aunque seamos pocos miles en una elecciones celebradas a la medida de los grandes, «pro domo sua»-. Y los de mañana, esa tropa de azules que no desaparecerá. Y seguirá entre nosotros: nosotros, los azules.

Si recibes esta Gaceta porque algún amigo te la ha remitido, y deseas te llegue directamente cada semana, envíanos tu dirección a secretaria@fundacionjoseantonio.es. Y si consideras puede interesar su contenido a algún amigo, facilítanos su dirección de correo.

Un musical reivindica la figura de José Antonio Primo de Rivera

Tereixa Constenla

Si el documento más personal que José Antonio Primo de Rivera dejó en una maleta tras su fusilamiento en la cárcel de Alicante fue su testamento, tal vez podría aventurarse que el segundo más íntimo fue un telegrama con cinco palabras definitivas: *Je pense a toi. Love* (Pienso en ti. Amor). El texto había sido enviado en marzo de 1936 por Elisabeth Asquith Bibesco, primogénita del primer ministro inglés Lord Asquith, esposa del diplomático y príncipe rumano Antoine Bibesco y escritora de convicciones socialistas que se había codeado desde niña con algunas de las mentes más brillantes de la Europa de entreguerras (George Bernard Shaw, Virginia Woolf, Maynard Keynes o Marcel Proust).

Solo varias décadas después de la muerte de ambos –él en 1936 y ella en 1945– salió a la luz la relación entre el abogado y la esposa del embajador rumano, que en vida debió deslizarse por rutas clandestinas. Lo hizo en 2005 el periodista deportivo José Antonio Martín Otín en el libro *El hombre al que Kipling dijo sí* (Barbarroja), que indagó



en la historia después de encontrar en una librería londinense un ejemplar de la novela *The Romantic*, escrita por Elisabeth Bibesco. La dedicatoria de la primera edición, de 1940, era inequívoca: «A José Antonio Primo de Rivera. Te prometí un libro antes de que empezara. Es tuyo ahora que ha concluido. Aquellos que amamos solo mueren cuando nosotros morimos».

Un amor secreto que ha utilizado el cineasta Álvaro Saénz de Heredia para escribir el libreto del musical *Mi princesa roja* con el que reivindica la figura del fundador de Falange. «Los jóvenes no tienen ni idea de quién fue José Antonio ni del pasado. El musical es un vehículo extraordinario para hacerlo y yo quería divulgar su figura», explica Saénz de Heredia, también director del montaje y familiar del controvertido protagonista del espectáculo (su padre, el también cineasta José Luis Sáenz de Heredia, era primo de José Antonio). «Es un personaje tan desconocido, o no estudiado con objetividad... No me parecía bien que para unos fuese el máximo representante del bien y para otros, el máximo representante del mal», añade.

La obra, que se estrena el jueves [1 de octubre 2015] en el Teatro Arlequín de Madrid, arranca con el fusilamiento de Primo de Rivera en la cárcel y a lo largo de media hora avanza entre lo privado y lo público. La escenografía descansa sobre una sucesión de fondos audiovisuales, que



reducen al máximo los elementos decorativos. Por el escenario desfilan personajes históricos como Manuel Azaña, Federico García Lorca, a quienes se presenta como buenos amigos de Primo, Largo Caballero, Mola o Queipo de Llano, uno de los futuros golpistas con el que acaba a golpes. El Primo de Rivera del musical (interpretado por Jesús Cisneros) es

idealista, compasivo (se le presenta ayudando a un obrero herido tras una protesta) y admirador de Azaña y Lorca. Se minimiza su oratoria incendiaria –la defensa de «la dialéctica de los puños y las pistolas» que realizó en el discurso inaugural de la Falange en octubre de 1933– y se exalta su heroísmo en los momentos finales de su vida.

«Él se desmarca del 18 de julio, era muy crítico con los militares», afirma Ángel María García, asesor histórico del montaje. «A pesar de la imagen que se ha querido transmitir de él, era un hombre con una mentalidad que podríamos llamar progresista para la época», añade. «No pretendemos hacer un panfleto político, sino contar una historia de amor imposible y los intentos que hubo por buscar una salida en un momento muy complicado. José Antonio intentó

poner fin a la guerra. Hubo una serie de españoles como él o como Azaña que creían en una tercera España que no quería exterminar a la otra media», asegura.

«Cine e ideología»:

Juan Orellana dice sin ambages lo que casi toda España piensa del cine español

P. J. Ginés /ReL

¿Por qué hay tantas películas españolas sobre la Guerra Civil o el franquismo... y todas exclusivamente desde la izquierda, e incluso izquierda radical?

¿Por qué desde hace unos años hay tantísimas películas con personajes homosexuales en España, Europa y Hollywood?

¿Cómo es posible que el tema más frecuente y más financiado en los festivales de cine de España no sea ni la historia, ni el arte, ni la naturaleza ni la actualidad... sino la homosexualidad?

¿Por qué las películas que critican el comunismo que se producen en Europa Oriental apenas llegan a Europa Occidental?



¿Cómo es que abundan las películas de vampiros sin referencias religiosas, cuando el famoso cazador Van Helsing de «Drácula» era un católico devoto?

¿Por qué hay tantas películas modernas de demonios y posesiones... pero sin referencias a Dios?

¿Por qué el *Noé* de Aronofsky y el *Éxodo: Dioses y Reyes* de Ridley Scott no se parecen casi nada a la Biblia?

¿Por qué los cristianos y la religión salen siempre maltratados en las películas de de Amenábar, sea cual sea su tema central?

¿Ha cambiado algo el panorama cultural el hecho de que recientemente se hayan difundido películas sobre mártires cristianos modernos –*Popieluszko*, *Cristiada*, *Un Dios prohibido*, *Bajo un manto de estrellas*– cuando hasta hace poco no había ni una?

Estas son algunas de las preguntas que aborda, sugiere o responde el último libro del popular crítico de cine Juan Orellana (*Pantalla Grande*, *Pantalla 90*, *Alfa y Omega*, *Noche de Cometas*) en su libro *Cine e Ideología* (editorial Stella Maris).

Orellana se atreve a decir que el «rey está desnudo», es decir, que el cine se está vistiendo no con historias y personajes auténticos, sino con los vapores melifluos de la ideología, a veces realmente torpes y machacones. Y casi siempre desde hace 40 años de la misma ideología: un cóctel de marxismo, ideología de género, hedonismo individualista y paganismo «new age».

El libro lo demuestra enumerando y clasificando las películas más influyentes y relevantes de estas corrientes, especialmente de los últimos años, aunque rastreando también sus precedentes históricos.

Señala, por ejemplo, que Dios es eliminado de la película del agnóstico Ridley Scott sobre Moisés: aparece como un dudoso e inquietante niño que sólo Moisés ve, y desaparecen signos visibles de Dios entre su pueblo, como la nube o la columna de fuego.

La «new age», luminosa pero sincrética, reina en éxitos como «*La vida de Pi*», «*El atlas de las nubes*», «*La extraña vida de Timothy Green*» y a veces entroncan con cierto ecologismo.

También abunda en el cine cierto cientifismo que en vez de recoger los frutos de la colaboración entre fe y razón en el siglo XX y XXI repite esquemas y consignas ideológicas del siglo XIX. «Ágora», de Amenabar, es el ejemplo paradigmático de este radicalismo ideológico aplicado a lo que debería haber sido una película histórica. (Decía Manuel Alfonseca que «los ateos siguen con argumentos del siglo XIX mientras que los teístas se han modernizado mucho»... y en el cine se nota).



Curas que comen y niño enclenque con pantaloncito corto... es, evidentemente, una película española, basta este fotograma para deducirlo

En cuanto al cine español, Orellana señala con nombres y apellidos a las dos personas que lo esclavizaron en una temática e ideología de guerracivilismo, sexo grueso y autoodio irónico: el productor Andrés Vicente Gómez y el guionista Rafael Azcona.

También concreta nombres de cineastas que han conseguido escapar

de «esa especie de pensamiento único»: Isabel Coixet, Gracia Querejeta, Miguel Hermoso y Rafael Gordon.

En ese sentido, una de las grandes virtudes del libro es que más allá de enumerar y clasificar los ejemplos de vasallaje cinematográfico a las ideologías dominantes, hace un esfuerzo por señalar las excepciones y las producciones alternativas. es realmente un esfuerzo, porque no abundan.

Se trata, en fin, de un libro que dice lo que casi toda España piensa cuando le hablan del «cine español» y señala que no se trata de una coincidencia ni una necesidad del arte narrativo, sino de un proyecto ideológico afinado por personas y productoras bien concretas.

Tomado de *Religión en Libertad*

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea. Para ello, pincha en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.